

En el año 2001, el por aquel entonces Presidente de Irán, Muhammad Jatami, lanzó una propuesta ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) a la que llamó “Diálogo de Civilizaciones”. Su idea era, entre otras, hacer frente a la creciente influencia que la teoría del “choque de civilizaciones” (*The Clash of Civilizations*) estaba teniendo dentro de la esfera de la política internacional. Este artículo, y posterior libro, fue escrito por el politólogo norteamericano Samuel Huntington en 1993 y, básicamente, venía a decir que la base de los conflictos en el mundo post-guerra fría vendrían determinados por las diferencias culturales entre un conjunto de “civilizaciones”, ocho en total, entre las que destacaban, por su tradicional antagonismo, la occidental y la musulmana.

Ya en el año 2004, será el Presidente del gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, el que, al hilo de la propuesta lanzada por Jatami tres años antes, desarrolle un instrumento de evidente corte político bautizado como “la Alianza de Civilizaciones”. Esta iniciativa fue lanzada en el marco de la 59ª Asamblea General de la ONU e, institucionalmente, ha permanecido desde entonces, protegida por el “paraguas” de esta organización. No es casual que Zapatero fuera la figura impulsora de la Alianza. Uno de los objetivos prioritarios del mandatario español al llegar al poder fue, desde un principio, alejarse lo más posible de la herencia dejada por su antecesor José María Aznar, y muchas de las decisiones tomadas por Zapatero en sus primeros meses como Presidente iban encaminadas en esta dirección, desde la retirada de las tropas de Iraq hasta el acercamiento geoestratégico al eje franco-alemán, pasando por la normalización de las relaciones bilaterales con Cuba. Aznar, en su última época como Presidente del gobierno y posteriormente, nunca ha ocultado sus reservas hacia el mantenimiento de un diálogo fluido con regímenes teocráticos de naturaleza islámica, habiendo llegado a afirmar que el entendimiento entre las sociedades de origen musulmán y aquellas que se asientan sobre valores cristianos, es difícil si no imposible. Es por ello que la Alianza de Civilizaciones nace como un marco de entendimiento mutuo y a largo plazo entre el mundo occidental y el árabe, con el objetivo fundamental de luchar contra el terrorismo con métodos más centrados en el *soft power* (cultura y cooperación), que en el *hard power* (amenaza o uso de la fuerza).

Podríamos extendernos ampliamente por las formas de organización y el sinfín de acciones secundarias promovidas por la Alianza, pero pasaré, a continuación, a desarrollar las claves de la organización a nivel operativo intentando discernir su grado de éxito en un sentido práctico. Resumiendo, los tres objetivos operativos de la Alianza serían: La cooperación antiterrorista, la corrección de desigualdades económicas y el diálogo cultural. ¿Se han cumplido estos objetivos?

Cooperación antiterrorista: El primero y, por diferencia, el más fallido de todos. No se ha creado ningún sistema de cooperación multilateral ni siquiera entre los países participantes. Tampoco han visto la luz uno protocolos de actuación en previsión de situaciones de alerta terrorista. Es, por otra parte, un objetivo muy complicado habida cuenta de las reticencias de muchos países en poner a disposición de otro, información relativa a su seguridad interna. Sólo hay que recordar los numerosos problemas que todavía hoy en día nos encontramos en muchas de las actuaciones de la Europol, un cuerpo con muchos años de existencia.

Lucha contra las desigualdades económicas: Una definición bastante poco acertada. Olvídemonos de cambios en tarifas aduaneras, aranceles, ayuda oficial al desarrollo, cooperación científico-técnica.... No se han desarrollado ninguna de esta clase de medidas. En este punto, tan sólo podríamos hacer referencia a proyectos destinados a reforzar el papel de la educación en países árabes con bajos niveles de alfabetización. Esta clase de medidas se basan en la premisa de que la principal causa del terrorismo es la falta de oportunidades de la población en países donde no hay un acceso universal al sistema educativo ni, más adelante, un tejido productivo que pueda absorber esta población joven y preparada (un caso paradigmático de esta situación sería Marruecos).

Diálogo cultural: La mayor parte (sino todas) de las acciones de la Alianza se pueden agrupar en este epígrafe. A decir verdad, casi cualquier cosa puede dar lugar o favorecer el diálogo intercultural. Habría que destacar el Fondo de la Alianza de Civilizaciones para los Medios de Comunicación o el “Dialogue Café”, una red que funciona como un punto de encuentro orientado hacia universitarios de todo el mundo.

Es evidente que la Alianza de Civilizaciones es algo más que un conjunto de buenas intenciones. Es cierto que se han llevado a cabo proyectos y acciones que han demostrado ser útiles y eficaces. Sin embargo, la Alianza se enfrenta a unos problemas demasiado grandes:

- Presencia mediática inexistente. Poca gente conoce su existencia; muchos menos, para qué sirve.
- Abuso de las “declaraciones de intenciones”, documentos que no obligan a nada a los países firmantes. Póngase como ejemplo los diversos Memorandos de Entendimiento firmados por la Alianza entre otros con la UNESCO, Liga de Estados Árabes o el Consejo de Europa.
- Falta de apoyos políticos de alto nivel. A pesar de que el “Grupo de Amigos de la Alianza de Civilizaciones” agrupa a 84 países y 17 organizaciones internacionales, la tónica general en los dos Foros que han tenido lugar (Madrid 2008 y Estambul 2009) es la ausencia de personalidades destacadas en el concierto internacional. No hay más que recordar cuáles fueron los países que enviaron a sus representantes políticos de mayor rango, además de España, al primer Foro: Eslovenia, Finlandia, Turquía, Senegal, Argelia y Malasia. La presencia de los países del G8 fue testimonial en lo político, no así en lo diplomático/profesional.
- Lo que yo llamo “pérdida de foco”, o también lanzar iniciativas de dudoso éxito que se alejan de los objetivos fundamentales de la Alianza y que, además, sirven para justificar las críticas que éste recibe. Me refiero al Fondo para financiar la producción y distribución de películas; o “Plural +”, un festival de cine joven centrado en las migraciones.

Buscar el entendimiento universal a través de una organización con unos fundamentos tan débiles es, ciertamente, utópico. Pero la existencia de este proyecto no deja de ser una ventana abierta a colaboraciones futuras con más contenido, más difusión y, sobre todo, más incidencia en los países donde más se necesita.